

José Antonio Pagola

JESÚS

Aproximación histórica



3

BUSCADOR DE DIOS

No sabemos cuándo y en qué circunstancias, pero, en un determinado momento, Jesús deja su trabajo de artesano, abandona a su familia y se aleja de Nazaret. No busca una nueva ocupación. No se acerca a ningún maestro acreditado para estudiar la Torá o conocer mejor las tradiciones judías. No marcha hasta las orillas del mar Muerto para ser admitido en la comunidad de Qumrán. Tampoco se dirige a Jerusalén para conocer de cerca el lugar santo donde se ofrecen sacrificios al Dios de Israel. Se aleja de toda tierra habitada y se adentra en el desierto.

La hondura y madurez de su talante religioso hace pensar a algunos que Jesús vivió un período de búsqueda antes de encontrarse con el Bautista. Flavio Josefo habla de la búsqueda que inició él mismo cuando tenía alrededor de dieciséis años y que le llevó también hasta el desierto, donde convivió durante tres años con “un hombre del desierto” llamado Banus (*Autobiografía 2,10-12*).

Como a todos los judíos, el desierto le evoca a Jesús el lugar en el que ha nacido el pueblo y al que hay que volver en épocas de crisis para comenzar de nuevo la historia rota por la infidelidad a Dios. No llegan hasta allí las órdenes de Roma ni el bullicio del templo; no se oyen los discursos de los maestros de la ley. En cambio se puede escuchar a Dios en el silencio y la soledad. Según el profeta Isaías, es el mejor lugar para “abrir camino” a Dios y dejarle entrar en el corazón del pueblo (Isaías 40,3). Al desierto se habían retirado hacia el año 150 a. C. los “monjes” disidentes de Qumrán; hacia allí conducían a sus seguidores los profetas populares; allí gritaba el Bautista su mensaje. También Jesús marcha al desierto. Ansía escuchar a ese Dios que en el desierto “habla al corazón” (Oseas 2,16).

Sin embargo, no tenemos datos para pensar que busque una experiencia más intensa de Dios que llene su sed interior o pacifique su corazón. Jesús no es un místico en busca de armonía personal. Todo lleva a pensar que busca a Dios como “fuerza de salvación” para su pueblo. Es el sufrimiento de la gente lo que le hace sufrir: la brutalidad de los romanos, la opresión que ahoga a los campesinos, la crisis religiosa de su pueblo, la adulteración de la Alianza. ¿Dónde está Dios? ¿No es el “amigo de la vida”? ¿No va a intervenir?

Jesús no comunica en su predicación posterior una experiencia mística de Dios, sino su confianza total en la cercanía de Dios, que viene a poner justicia y salvación (el reinado de Dios entre los hombres). Por eso no me parece suficiente considerarlo como un carismático “lleno del Espíritu de Dios” (Borg) o como un “judío piadoso” (*hasid*) en la línea de Honi, “el trazador de círculos”, o de Haniná ben Dosa (Vermes).

Jesús no tiene todavía un proyecto propio cuando se encuentra con el Bautista. Inmediatamente queda seducido por este profeta del desierto. No había visto nada igual. También a él le fascina la idea de crear un “pueblo renovado”, para comenzar de nuevo la historia, acogiendo la intervención salvadora de Dios. A nadie admiró Jesús tanto como a Juan el Bautista. De nadie habló en términos parecidos. Para Jesús no es solo un profeta. Es “más que un profeta” (Fuente Q (Lucas 7,26 / / Mateo 11,9)). Es incluso “el mayor entre los nacidos de mujer” (Fuente Q (Lucas, 7,28 / / Mateo 11,11); *Evangelio [apócrifo] de Tomás 46*). ¿Qué pudo seducir tanto a Jesús? ¿Qué encontró en la persona de Juan y en su mensaje?

El diagnóstico radical de Juan

Entre el otoño del año 27 y la primavera del 28 surge en el horizonte religioso de Palestina un profeta original e independiente que provoca un fuerte impacto en todo el pueblo. Su nombre es Juan, pero la gente lo llama el “Bautizador”, porque practica un rito inusitado y sorprendente en las aguas del Jordán. Es, sin duda, el hombre que marcará como nadie la trayectoria de Jesús.

Las principales fuentes sobre la actividad, predicación y muerte del Bautista son: Marcos 1,2-11; 6,17-29; fuente Q (Lucas 3,7-9; 3,16-17; 7,24-28; 16,16 / / Mateo 3,7-10; 3,11-12; 11,7-11; 11,12-13); Flavio Josefo en *Antigüedades de los judíos* 18,5, 2.

Juan era de familia sacerdotal rural. Su rudo lenguaje y las imágenes que emplea reflejan el ambiente campesino de una aldea. Según bastantes autores (Meier, Theissen/Merz, Emst, Webb), este sería el único dato que puede ser aceptado como histórico del material que aporta Lucas en el relato de la “infancia de Juan” (Lucas 1).

En algún momento, Juan rompe con el templo y con todo el sistema de ritos de purificación y perdón vinculados a él. No sabemos qué le mueve a abandonar su quehacer sacerdotal. Su comportamiento es el de un hombre arrebatado por el Espíritu. No se apoya en ningún maestro. No cita explícitamente las Escrituras sagradas. No invoca autoridad alguna para legitimar su actuación. Abandona la tierra sagrada de Israel y marcha al desierto a gritar su mensaje.

Juan no solo conoce la crisis profunda en que se encuentra el pueblo. A diferencia de otros movimientos contemporáneos, que abordan diversos aspectos, él concentra la fuerza de su mirada profética en la raíz de todo: el pecado y la rebeldía de Israel. Su diagnóstico es escueto y certero: la historia del pueblo elegido ha llegado a su fracaso total. El proyecto de Dios ha quedado frustrado. La crisis actual no es una más. Es el punto final al que se ha llegado en una larga cadena de pecados. El pueblo se encuentra ahora ante la reacción definitiva de Dios. Igual que los leñadores dejan al descubierto las raíces de un árbol antes de dar los golpes decisivos para derribarlo, así está Dios con “el hacha puesta a la raíz de los árboles” (Fuente Q (Lucas 3,9 / / Mateo 3,10), “Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego”.. Es inútil que la gente quiera escapar de su “ira inminente”, como una camada de víboras que huyen del incendio que se les acerca (Fuente Q (Lucas 3,7 / / Mateo 3,7), “Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente?”. Ya no se puede recurrir a los cauces tradicionales para reanudar la historia de salvación. De nada sirve ofrecer sacrificios de expiación. El pueblo se precipita hacia su fin.

Según el Bautista, el mal lo corrompe todo. El pueblo entero está contaminado, no solo los individuos; todo Israel ha de confesar su pecado y convertirse radicalmente a Dios, si no quiere perderse sin remedio. El mismo templo está corrompido; ya no es un lugar santo; no sirve para eliminar la maldad del pueblo; son inútiles los sacrificios de expiación que allí se celebran; se requiere un rito nuevo de purificación radical, no ligado al culto del templo. La maldad alcanza incluso a la tierra en que vive Israel; también ella necesita ser purificada y habitada por un pueblo renovado; hay que marchar al desierto, fuera de la tierra prometida, para entrar de nuevo en ella como un pueblo convertido y perdonado por Dios.

Nadie ha de hacerse ilusiones. La Alianza está rota. La ha anulado el pecado de Israel. Es inútil reclamar la elección por parte de Dios. De nada sirve sentirse “hijos de Abrahán” (Fuente Q (Lucas 3,8 / / Mateo 3,9), “No andéis diciendo en vuestro interior: “Tenemos por padre a Abrahán”, porque os digo que Dios puede sacar hijos de Abrahán de estas piedras”); Dios podría sacar hijos de Abrahán hasta de las rocas esparcidas por el desierto. Nada dispensa de una conversión radical. Israel está prácticamente al mismo nivel que los pueblos gentiles. No puede recurrir a su historia pasada con Dios. El pueblo necesita una purificación total para restablecer la Alianza. El “bautismo” que ofrece Juan es precisamente el nuevo rito de conversión y perdón radical que necesita Israel: el comienzo de una elección y de una alianza nueva para ese pueblo fracasado.

Jesús queda seducido e impactado por esta visión grandiosa. Este hombre pone a Dios en el centro y en el horizonte de toda búsqueda de salvación. El templo, los sacrificios, las interpretaciones de la Ley, la pertenencia misma al pueblo escogido: todo queda relativizado. Solo una cosa es decisiva y urgente: convertirse a Dios y acoger su perdón.

El nuevo comienzo

Juan no pretende hundir al pueblo en la desesperación. Al contrario, se siente llamado a invitar a todos a marchar al desierto para vivir una conversión radical, ser purificados en las aguas del Jordán y, una vez recibido el perdón, poder ingresar de nuevo en la tierra prometida para acoger la inminente llegada de Dios.

Dando ejemplo a todos, fue el primero en marchar al desierto. Deja su pequeña aldea y se dirige hacia una región deshabitada de la cuenca oriental del Jordán. El lugar queda en la región de Perea, a las puertas de la tierra prometida, pero fuera de ella.

Los estudios más recientes sobre el Bautista (Stegemann, Meier, Webb, Vidal) lo sitúan bautizando *al este del Jordán*, en el territorio de Perea, que estaba bajo la jurisdicción de Antipas. Esto explica que pudiera encarcelarlo y ejecutarlo en la fortaleza de Maqueronte, al sur de Perea. En Judea gobernaba en este momento Poncio Pilato.

Al parecer, Juan había escogido cuidadosamente el lugar. Por una parte, se encontraba junto al río Jordán, donde había agua abundante para realizar el rito del “bautismo”. Por lo demás, por aquella zona pasaba una importante vía comercial que iba desde Jerusalén a las regiones situadas al este del Jordán y por donde transitaba mucha gente a la que Juan podía gritar su mensaje. Hay, sin embargo, otra razón más profunda. El Bautista podía haber encontrado agua más abundante a orillas del lago de Genesaret. Se podía haber puesto en contacto con más gente en la ciudad de Jericó o en la misma Jerusalén, donde había pequeños estanques o

miqwaot, tanto públicos como privados, para realizar cómodamente el rito bautismal. Pero el “desierto” escogido se encontraba frente a Jericó, en el lugar preciso en que, según la tradición, el pueblo conducido por Josué había cruzado el río Jordán para entrar en la tierra prometida (Josué 4,13-19). La elección era intencionada.

Juan comienza a vivir allí como un “hombre del desierto”. Lleva como vestido un manto de pelo de camello con un cinturón de cuero y se alimenta de langostas y miel silvestre (Marcos 1,6). Esta forma elemental de vestir y alimentarse no se debe solo a su deseo de vivir una vida ascética y penitente. Apunta, más bien, al estilo de vida de un hombre que habita en el desierto y se alimenta de los productos espontáneos de una tierra no cultivada. Juan quiere recordar al pueblo la vida de Israel en el desierto, antes de su ingreso en la tierra que les iba a dar Dios en heredad. En contra de lo que se afirma de ordinario, parece que la estancia de Juan en el desierto tenía más el carácter simbólico de una “vida fuera de la tierra prometida” que el tono ascético de un penitente (Stegemann, Gnllka, Meier, Vidal).

Juan coloca de nuevo al pueblo “en el desierto”. A las puertas de la tierra prometida, pero fuera de ella. La nueva liberación de Israel se tiene que iniciar allí donde había comenzado. El Bautista llama a la gente a situarse simbólicamente en el punto de partida, antes de cruzar el río. Lo mismo que la “primera generación del desierto”, también ahora el pueblo ha de escuchar a Dios, purificarse en las aguas del Jordán y entrar renovado en el país de la paz y la salvación.

En este escenario evocador, Juan aparece como el profeta que llama a la conversión y ofrece el bautismo para el perdón de los pecados. Los evangelistas recurren a dos textos de la tradición bíblica para presentar su figura. No sabemos si el mismo Juan los utilizó para presentarse ante el pueblo, como hacían otros líderes proféticos de su tiempo. En general, los autores lo niegan. Juan es la “voz que grita en el desierto: “Preparad el camino al Señor, allanad sus senderos”“. Este conocido texto de Isaías 40,3 es citado por todos los evangelistas para hablar de Juan: Marcos 1,3; la fuente Q (Lucas 3,4 / / Mateo 3,3) y Juan 1,23. Esta es su tarea: ayudar al pueblo a prepararle el camino a Dios, que ya llega. Dicho de otra manera, es “el mensajero” que de nuevo guía a Israel por el desierto y lo vuelve a introducir en la tierra prometida.

El bautismo de Juan

Cuando llega Juan a la región desértica del Jordán, están muy difundidos por todo el Oriente los baños sagrados y las purificaciones con agua. Muchos pueblos han atribuido al agua un significado simbólico de carácter sagrado, pues el agua lava, purifica, refresca y da vida. También el pueblo judío acudía a las abluciones y los baños para obtener la purificación ante Dios. Era uno de los medios más expresivos de renovación religiosa. Cuando más hundidos se encontraban en su pecado y su desgracia, más añoraban una purificación que los limpiara de toda maldad. Todavía se recordaba la conmovedora promesa hecha por Dios al profeta Ezequiel, hacia el año 587 a. c.: “Os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra. Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras impurezas y basuras yo os purificaré. Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo” (Ezequiel 36,24-26).

El deseo de purificación generó entre los judíos del siglo I una difusión sorprendente de la práctica de ritos purificatorios y la aparición de diversos

movimientos bautistas. Se han descubierto “estanques” y pequeñas “piscinas” (*miqwaot*) del tiempo de Jesús, que servían para las purificaciones. Son de uso privado o público. Algunas estaban excavadas en la roca y contaban con sistemas de canalización para recoger el agua de la lluvia o de algún manantial cercano.

La conciencia de vivir alejados de Dios, la necesidad de conversión y la esperanza de salvarse en el “día final” llevaba a no pocos a buscar su purificación en el desierto. No era Juan el único. A menos de veinte kilómetros del lugar en que él bautizaba se levantaba el “monasterio” de Qumrán, donde una numerosa comunidad de “monjes” vestidos de blanco y obsesionados por la pureza ritual practicaban a lo largo del día baños y ritos de purificación en pequeñas piscinas dispuestas especialmente para ello. La atracción del desierto como lugar de conversión y purificación debió de ser muy intensa. Flavio Josefo nos informa de que “un tal Banus, que vivía en el desierto, llevaba un vestido hecho de hojas, comía alimentos silvestres y se lavaba varias veces de día y de noche con agua fría para purificarse” (*Autobiografía* 2,11-12).

Sin embargo, el bautismo de Juan y, sobre todo, su significado eran absolutamente nuevos y originales. No es un rito practicado de cualquier manera. Para empezar, no lo realiza en estanques o piscinas, como se hace en el “monasterio” de Qumrán o en los alrededores del templo, sino en plena corriente del río Jordán. No es algo casual. Juan quiere purificar al pueblo de la impureza radical causada por su maldad y sabe que, cuando se trata de impurezas muy graves y contaminantes, la tradición judía exige emplear no agua estancada o “agua muerta”, sino “agua viva”, un agua que fluye y corre.

A quienes aceptan su bautismo, Juan los sumerge en las aguas del Jordán. Su bautismo es un baño completo del cuerpo, no una aspersión con agua ni un lavado parcial de las manos o los pies, como se acostumbraba en otras prácticas purificadoras de la época. Su nuevo bautismo apunta a una purificación total. Por eso mismo se realiza solo una vez, como un comienzo nuevo de la vida, y no como las inmersiones que practican los “monjes” de Qumrán varias veces al día para recuperar la pureza ritual perdida a lo largo de la jornada.

Hay algo todavía más original. Hasta la aparición de Juan no existía entre los judíos la costumbre de bautizar a otros. Se conocía gran número de ritos de purificación e inmersiones, pero los que buscaban purificarse siempre se lavaban a sí mismos. Juan es el primero en atribuirse la autoridad de bautizar a otros. Por eso precisamente lo empezaron a llamar el “bautizador” o “sumergidor”. Esto le da a su bautismo un carácter singular. Por una parte, crea un vínculo estrecho entre los bautizados y Juan. Las abluciones que se practicaban entre los judíos eran cosa de cada uno, ritos privados que se repetían siempre que se consideraba necesario. El bautismo del Jordán es diferente. La gente habla del “bautismo de Juan”. Ser sumergidos por el Bautista en las aguas vivas del Jordán significa acoger su llamada e incorporarse a la renovación de Israel. Por otra parte, al ser realizado por Juan y no por cada uno, el bautismo aparece como un don de Dios. Es Dios mismo el que concede la purificación a Israel. Juan solo es su mediador.

Algunos ven en esta actuación del Bautista reminiscencias de su función sacerdotal, pues en los ritos purificatorios del templo los sacerdotes actuaban como mediadores de Dios (Stegemann, Webb, Vidal).

El bautismo de Juan se convierte así en signo y compromiso de una conversión radical a Dios. El gesto expresa solemnemente el abandono del pecado en que está sumido el pueblo y la vuelta a la Alianza con Dios. Esta conversión ha de producirse en lo más profundo de la persona, pero ha de traducirse en un comportamiento digno de un pueblo fiel a Dios: el Bautista pide “frutos dignos de conversión” (Fuente Q (Lucas 3,8 / / Mateo 3,8). Esta “conversión” es absolutamente necesaria y ningún rito religioso puede sustituirla, ni siquiera el bautismo. Entre los judíos se conocía muy bien el término *teshubá* “conversión”), que literalmente significa “retorno” o “vuelta”, e indica la respuesta a la llamada que tantas veces habían hecho al pueblo los profetas: “Volved a Yahvé”.

Sin embargo, este mismo rito crea el clima apropiado para despertar el deseo de una conversión radical. Hombres y mujeres, pertenecientes o no a la categoría de “pecadores”, considerados puros o impuros, son bautizados por Juan en el río Jordán mientras confiesan en voz alta sus pecados. Así se describe el rito en Marcos 1,5: “Eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados”.

No es un bautismo colectivo, sino individual: cada uno asume su propia responsabilidad. Sin embargo, la confesión de los pecados no se limita al ámbito del comportamiento individual, sino que incluye también los pecados de todo Israel. Probablemente se asemejaba a la confesión pública de los pecados que hacía todo el pueblo cuando se reunía para la fiesta de la Expiación.

El “bautismo de Juan” es mucho más que un signo de conversión. Incluye el perdón de Dios. No basta el arrepentimiento para hacer desaparecer los pecados acumulados por Israel y para crear el pueblo renovado en el que piensa Juan. Él proclama un bautismo de conversión “para el perdón de los pecados” (Marcos 1,4). Este perdón concedido por Dios en la última hora a aquel pueblo completamente perdido es probablemente lo que más conmueve a muchos. A los sacerdotes de Jerusalén, por el contrario, los escandaliza: el Bautista está actuando al margen del templo, despreciando el único lugar donde es posible recibir el perdón de Dios. La pretensión de Juan es inaudita: ¡Dios ofrece su perdón al pueblo, pero lejos de aquel templo corrompido de Jerusalén!

Cuando se acercó al Jordán, Jesús se encontró con un espectáculo conmovedor: gentes venidas de todas partes se hacían bautizar por Juan, confesando sus pecados e invocando el perdón de Dios. No había entre aquella muchedumbre sacerdotes del templo ni escribas de Jerusalén. La mayoría era gente de las aldeas; también se ven entre ellos prostitutas, recaudadores y personas de conducta sospechosa. Se respira una actitud de “conversión”. La purificación en las aguas vivas del Jordán significa el paso del desierto a la tierra que Dios les ofrece de nuevo para disfrutarla de manera más digna y justa. La hipótesis sugerida por algunos autores de que los bautizados entraban en las aguas desde la parte oriental del “desierto” para salir por la otra orilla a la “tierra prometida” es sugestiva, pero no puede ser verificada.

Allí se está formando el nuevo pueblo de la Alianza.

Juan no está pensando en una comunidad “cerrada”, como la de Qumrán; su bautismo no es un rito de iniciación para formar un grupo de elegidos. Juan lo ofrece a todos. En el Jordán se está iniciando la “restauración” de Israel. Los bautizados vuelven a sus casas para vivir de manera nueva, como miembros de un pueblo renovado, preparado para acoger la llegada ya inminente de Dios.

Es una cuestión debatida si el Bautista tuvo alguna relación o incluso si perteneció durante algún tiempo a la comunidad de Qumrán. Su actuación en el desierto (justificada como en Qumrán con el texto de Isaías 40,3), su llamada radical a la conversión, su crítica al templo, su rito purificador, su esquema escatológico, lo acercan mucho a Qumrán (Hollenbach, Paul, Barbaglio). Sin embargo, la singularidad de su rito, la vinculación de los bautizados a su persona y mensaje, el ofrecimiento universal de la salvación, la predicación del “más fuerte” y otros aspectos, lo distancian de los “monjes” del mar Muerto (Stegemann). Bastantes autores sitúan a Juan en el centro de un fenómeno religioso más amplio de movimiento y prácticas bautistas (Meier, Perrot, Scobie).

Las expectativas del Bautista

Juan no se consideró nunca el Mesías de los últimos tiempos. Él solo era el que iniciaba la preparación. Su visión era fascinante. Juan pensaba en un proceso dinámico con dos etapas bien diferenciadas. El primer momento sería el de la preparación. Su protagonista es el Bautista, y tendrá como escenario el desierto. Esta preparación gira en torno al bautismo en el Jordán: es el gran signo que expresa la conversión a Dios y la acogida de su perdón. Vendría enseguida una segunda etapa que tendría lugar ya dentro de la tierra prometida. No estará protagonizada por el Bautista, sino por una figura misteriosa que Juan designa como “el más fuerte”. Al bautismo de agua le sucederá un “bautismo de fuego” que transformará al pueblo de forma definitiva y lo conducirá a una vida plena.

En contra de lo que muchas veces se piensa, el Bautista no consideraba esta segunda etapa como “el final de este mundo”, sino como la renovación radical de Israel en una tierra transformada (Webb, Stegemann, Vidal).

¿Quién va a venir exactamente después del Bautista? Juan no habla con claridad. Sin duda es el personaje central de los últimos tiempos, pero Juan no lo llama Mesías ni le da título alguno. Solo dice que es “el que ha de venir”, el que es “más fuerte” que él. Este lenguaje del “más fuerte” (Marcos 1,7) o “el que ha de venir” (Mateo 11,3) no es empleado nunca en las comunidades cristianas para hablar de Cristo. Refleja casi con toda seguridad la predicación original de Juan.

¿Está pensando en Dios? En la tradición bíblica es muy corriente llamar a Dios “el fuerte”; además, Dios es el Juez de Israel, el único que puede juzgar a su pueblo o infundir su Espíritu sobre él. Sin embargo, resulta extraño oírle decir que Dios es “más fuerte” que él o que no es digno de “desatar sus correas” (Marcos 1,7: “Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo; y yo no soy digno de postrarme ante él para desatarle la correa de sus sandalias”). Probablemente Juan esperaba a un personaje aún por llegar, mediante el cual Dios realizaría su último designio. No tenía una idea clara de quién habría de ser, pero lo esperaba como el mediador definitivo. No vendrá ya a “preparar” el camino a Dios, como Juan. Llegará para hacer realidad su juicio y su salvación. Él llevará a su desenlace el proceso iniciado por el Bautista, conduciendo a todos al destino elegido por unos y otros con su reacción ante el bautismo de Juan: el juicio o la restauración.

Es difícil saber con precisión cómo imaginaba el Bautista lo que iba a suceder. Lo primero en esta etapa definitiva sería, sin duda, un gran juicio purificador, el tiempo de un “bautismo de fuego”, que purificaría definitivamente al pueblo eliminando la maldad e implantando la justicia. El Bautista veía cómo se iban definiendo dos grandes grupos: los que, como Antipas y sus cortesanos, no escuchaban la llamada al arrepentimiento y los

que, llegados de todas partes, habían recibido el bautismo iniciando una vida nueva. El “fuego” de Dios juzgaría definitivamente a su pueblo.

Juan utiliza imágenes agrícolas muy propias de un hombre de origen rural. Imágenes violentas que sin duda impactaban a los campesinos que lo escuchaban. Veía a Israel como la plantación de Dios que necesita una limpieza radical. Llega el momento de eliminar todo el bosquejo inútil, talando y quemando los árboles que no dan frutos buenos (Fuente Q (Lucas 3,9 / / Mateo 3,10). Solo permanecerán vivos y en pie los árboles fructuosos: la auténtica plantación de Dios, el verdadero Israel. Juan se vale también de otra imagen. Israel es como la era de un pueblo donde hay de todo: grano, polvo y paja. Se necesita una limpieza a fondo para separar el grano y almacenarlo en el granero, y para recoger la paja y quemarla en el fuego. Con su juicio, Dios eliminará todo lo inservible y recogerá limpia su cosecha (Mateo 3,12).

El gran juicio purificador desembocará en una situación nueva de paz y de vida plena. Para ello no basta el “bautismo del fuego”. Juan espera además un “bautismo con espíritu santo” (Marcos 1,8; fuente Q (Lucas 3,16/ / Mateo 3,11). Israel experimentará la fuerza transformadora de Dios, la efusión vivificante de su Espíritu. El pueblo conocerá por fin una vida digna y justa en una tierra transformada. Vivirán una Alianza nueva con su Dios.

La “conversión” de Jesús

En un determinado momento, Jesús se acercó al Bautista, escuchó su llamada a la conversión y se hizo bautizar por él en las aguas del río Jordán. El hecho ocurrió en torno al año 28, y es uno de sus datos más seguros. En las primeras comunidades cristianas, a nadie se le habría ocurrido inventar un episodio tan embarazoso, que no podía sino crear dificultades a los seguidores de Jesús.

Dos eran, sobre todo, los problemas que planteaba su bautismo. Si había aceptado ser bautizado por Juan ¿no era Jesús inferior al Bautista?

Más aún, si había bajado al Jordán como todos, confesando los pecados, ¿no era también Jesús un pecador? Estas cuestiones no eran nada teóricas, pues algunos cristianos vivían, probablemente, en contacto con ambientes bautistas que seguían a Juan y no a Jesús.

Los cristianos no pudieron negar el hecho, pero lo presentaron de tal manera que no menoscabara la dignidad de Jesús. Marcos, el evangelista más antiguo, afirma: Jesús “fue bautizado por Juan en el Jordán”, pero inmediatamente añade que, al salir de las aguas, Jesús tuvo una experiencia extraña: vio que el Espíritu de Dios descendía sobre él “como una paloma”, y escuchó una voz que desde el cielo le decía: “Tú eres mi hijo amado”. De esta manera, todos podían entender que, a pesar de haberse dejado bautizar por Juan, Jesús era en realidad aquel personaje “más fuerte” del que hablaba el Bautista; el que iba a venir tras él a “bautizar con espíritu” (Marcos 1,9-11). Mateo da un paso más. Cuando Jesús se acerca a ser bautizado, el Bautista trata de apartarlo con estas palabras: “Soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?”. Jesús le responde: “Conviene que cumplamos toda justicia”. Así pues, ha de quedar claro que Jesús no necesita ser bautizado; si lo hace es por alguna razón desconocida que lo empuja a actuar así (Mateo 3,14-15). Lucas no necesita ya hacer ningún retoque, pues, aunque menciona el bautismo de Jesús, suprime la intervención del Bautista (está ya encarcelado por Antipas). Es Jesús quien

ocupa toda la escena: mientras está orando, vive la experiencia religiosa sugerida por Marcos (Lucas 3,21-22). El cuarto evangelista ni siquiera narra el bautismo; Juan no es ya el bautizador de Jesús, sino el testigo que lo declara como “cordero de Dios que quita el pecado del mundo” y que viene a “bautizar con el Espíritu Santo”. (Juan 1,29-30.33-34).

Los escritos apócrifos siguieron evolucionando en el mismo sentido. En un fragmento del *Evangelio de los ebionitas*, Juan se arrodilla ante Jesús diciendo: “Te lo pido, Señor, bautízame tú”. Y en otro pasaje del *Evangelio de los nazarenos*, cuando Jesús es invitado por su madre y hermanos para ir con ellos al Bautista, Jesús responde: “¿En qué he pecado yo para acudir y ser bautizado?”.

Dejemos por ahora esta lectura cristiana posterior. Es innegable que Jesús fue bautizado por Juan. Para Jesús es un momento decisivo, pues significa un giro total en su vida. Aquel joven artesano oriundo de una pequeña aldea de Galilea no vuelve ya a Nazaret. En adelante se dedicará en cuerpo y alma a una tarea de carácter profético que sorprende a sus familiares y vecinos: jamás habían podido sospechar algo parecido cuando le tuvieron entre ellos. ¿Podemos saber algo de este momento tan importante vivido por Jesús junto al Bautista y que marcará de manera tan decisiva su vida?.

Sorprende que no pocos investigadores ignoren la importancia del Bautista, tan vigorosamente subrayada por el mismo Jesús, y no la tengan en cuenta al tratar de entender su inspiración inicial. Sin embargo, el bautismo de Jesús es el único hecho históricamente comprobable que nos permite acercarnos al “arranque” de su misión.

Al parecer, Jesús no tiene todavía un proyecto propio bien definido. Sin embargo, su decisión de hacerse bautizar por Juan deja entrever algo de su búsqueda. Si acepta el “bautismo de Juan”, esto significa que comparte su visión sobre la situación desesperada de Israel: el pueblo necesita una conversión radical para acoger el perdón de Dios. Aunque algunos autores piensan que Jesús buscaba en el bautismo el perdón de sus propios pecados personales (Hollenbach), en realidad la simple aceptación del bautismo no nos proporciona ningún dato preciso para ahondar en la conciencia de Jesús.

Pero Jesús comparte también y sobre todo la esperanza del Bautista. Le atrae la idea de preparar al pueblo para el encuentro con su Dios. Pronto conocerán todos su irrupción salvadora. Israel será restaurado, la Alianza quedará renovada y la gente podrá disfrutar de una vida más digna. Esta esperanza, recogida inicialmente del Bautista, no la olvidará Jesús jamás. Será su objetivo principal cuando, dentro ya de un horizonte nuevo, se dedique a hacerla realidad sobre todo entre los más desgraciados: llamar al pueblo para acoger a su Dios, despertar la esperanza en los corazones, trabajar por la restauración de Israel, buscar una convivencia más justa y más fiel a la Alianza... Probablemente Jesús iba perfilando ya, en el desierto del Jordán, las grandes líneas de su misión.

Jesús asumió el bautismo como signo y compromiso de un cambio radical. Así lo exigía el Bautista a cuantos acudían a sumergirse en el Jordán. También Jesús quiere concretar su “conversión”, y lo hace tomando una primera determinación: en adelante se dedicará a colaborar con el Bautista en su servicio al pueblo. ¿No es este el mejor modo de acoger a ese Dios que llega ya a purificar y salvar a Israel? Se desvincula de su familia y se entrega a su pueblo. Olvida también su trabajo. Solo le atrae la idea de colaborar en aquel movimiento admirable de conversión iniciado por Juan.

Cuando, en medio del silencio del desierto, se acallan de noche los gritos del Bautista y no se oye el rumor de la confesión de los pecados de quienes se sumergen en el Jordán, Jesús escucha la voz de Dios, que lo llama a una misión nueva.

Las fuentes cristianas hablan de la costumbre que tenía Jesús de retirarse de noche a un lugar solitario para comunicarse con Dios. El hecho parece histórico, según todos los autores. Probablemente Jesús conservó en su corazón la nostalgia de sus noches de oración en el desierto del Jordán.

Jesús no vuelve inmediatamente a Galilea, sino que permanece durante algún tiempo en el desierto junto al Bautista. Ignoramos cómo pudo ser la vida de los que se movían en el entorno de Juan. No es aventurado pensar que había dos tipos de seguidores. La mayoría de ellos, una vez bautizados, se volvía a sus casas, aunque mantenían viva la conciencia de formar parte del pueblo renovado que se iba gestando en torno al Bautista. Algunos, sin embargo, se quedaban con él en el desierto, ahondando más en su mensaje y ayudándole de cerca en su tarea. Probablemente llevaban un estilo de vida austero y de oración, bajo la inspiración del Bautista (Fuente Q (Lucas 5,33// Mateo 9,14); Lucas 11,1-2. 42 Este dato es ampliamente aceptado en la investigación actual (Jeremias, Hollenbach, Becker, Meier, Webb, Murphy-o'Connor, Stuhlmacher, Vidal).

Jesús no solo acogió el proyecto de Juan, sino que se adhirió a este grupo de discípulos y colaboradores. Las fuentes no nos permiten decir mucho más. Probablemente le ayudó en su actividad bautizadora, y lo hizo con entusiasmo. Allí conoció a dos hermanos llamados Andrés y Simón, y a un amigo suyo, Felipe, oriundos todos del mismo pueblo de Betsaida. Los tres pertenecían por entonces al círculo del Bautista, aunque más tarde darían su adhesión a Jesús.

Son bastantes los autores que tratan de reconstruir la estancia de Jesús junto al Bautista partiendo del material que ofrece solamente el cuarto evangelio (Juan 1,35-51; 3,22-36; 4,1-2), pero parece demasiado arriesgado. Por otra parte, la posición de Meier, que considera como probable que Jesús siguiera bautizando incluso durante toda su vida, apenas ha tenido acogida.

El nuevo proyecto de Jesús

El movimiento iniciado por el Bautista se empezaba a notar en todo Israel. Incluso los grupos tachados de indignos y pecadores, como los recaudadores de impuestos o las prostitutas, acogen su mensaje. Solo las elites religiosas y los herodianos del entorno de Antipas se resisten (Fuente Q (Lucas 7,33// Mateo 11,18; Lucas 7,29-30 / / Mateo 21,21-32); Lucas 3,10-14.)

De ordinario, todo entusiasmo del pueblo por un nuevo orden de cosas solía inquietar a los gobernantes. Por otra parte, el Bautista denunciaba con valentía el pecado de todos y no se detenía siquiera ante la actuación inmoral del rey. Juan se convierte en un profeta peligroso sobre todo cuando Herodes repudia a su esposa para casarse con Herodías, mujer de su hermanastro Filipo, a la que había conocido en Roma durante sus años juveniles. No es difícil entender la inquietud y malestar que provocó este hecho. Antipas estaba casado con la hija de Aretas IV, rey de Nabatea. El matrimonio había sido bien acogido, pues sellaba la paz entre la región de Perea y aquel pueblo fronterizo, siempre hostil y guerrero. Ahora, sin embargo, este divorcio rompe de nuevo la estabilidad. Los nabateos lo

consideraron como un insulto a su pueblo y se dispusieron a luchar contra Herodes Antipas.

La situación se hizo explosiva cuando el Bautista, que predica a menos de veinte kilómetros de la frontera con los nabateos, denuncia públicamente la actuación del rey, considerándola contraria a la Torá. Según nos informa Flavio Josefo, “Herodes temió que la enorme influencia de Juan en la gente indujera una especie de revuelta... y consideró mucho mejor eliminarlo antes que afrontar luego una situación difícil con la revuelta y lamentar la indecisión” (*Antigüedades de los judíos* 18,5, 2). Antes de que la situación empeorara, Antipas manda encarcelar al Bautista en la fortaleza de Maqueronte y, más tarde, lo ejecuta.

El evangelio de Marcos (6,17-29) recoge una leyenda popular que corría entre la gente sobre la ejecución del Bautista. En lo fundamental encaja con la información que ofrece Flavio Josefo.

La muerte del Bautista tuvo que causar gran impacto. Con él desaparecía el profeta encargado de preparar a Israel para la venida definitiva de Dios. Todo el proyecto de Juan quedaba interrumpido. No había sido posible siquiera completar la primera etapa. La conversión de Israel quedaba inacabada. ¿Qué iba a pasar ahora con el pueblo? ¿Cómo iba a actuar Dios? Entre los discípulos y colaboradores de Juan todo es inquietud y desconcierto.

Jesús reacciona de manera sorprendente. No abandona la esperanza que animaba al Bautista, sino que la radicaliza hasta extremos insospechados. No sigue bautizando como otros discípulos de Juan, que continuaron su actividad después de muerto. Da por terminada la preparación que el Bautista ha impulsado hasta entonces y transforma su proyecto en otro nuevo. Nunca pone en duda la misión y autoridad de Juan, pero inicia un proyecto diferente para la renovación de Israel. En Jesús se va despertando una convicción: Dios va a actuar en esta situación desesperada de un modo insospechado. La muerte del Bautista no va a ser el fracaso de los planes de Dios, sino el comienzo de su acción salvadora. Dios no va abandonar al pueblo. Al contrario, es ahora cuando va a revelar todavía mejor su misericordia.

Jesús comenzó a verlo todo desde un horizonte nuevo. Se ha terminado ya el tiempo de preparación en el desierto. Empieza la irrupción definitiva de Dios. Hay que situarse de manera diferente. Lo que Juan esperaba para el futuro empieza ya a hacerse realidad. Comienzan unos tiempos que no pertenecen a la época vieja de la preparación, sino a una era nueva. Llega ya la salvación de Dios.

No era solo un cambio de perspectiva temporal lo que contemplaba Jesús. Su intuición creyente y su confianza total en la misericordia de Dios le llevan a transformar de raíz lo esperado por Juan. Terminada la preparación del desierto, al pueblo le aguardaba, en la lógica del Bautista, un gran juicio purificador de Dios, un “bautismo con fuego”, y solo después su irrupción transformadora y salvadora por medio del “bautismo del Espíritu”. Jesús comenzaba a verlo todo desde la misericordia de Dios. Lo que empieza ahora para este pueblo que no ha podido llevar a cabo su conversión no es el juicio de Dios, sino el gran don de su salvación. En esta situación desesperada el pueblo va a conocer la increíble compasión de Dios, no su ira destructora.

Pronto comienza Jesús a hablar un lenguaje nuevo: está llegando el “reino de Dios”. No hay que seguir esperando más, hay que acogerlo. Lo que a Juan le parecía algo todavía alejado, está ya irrumpiendo; pronto

desplegará su fuerza salvadora. Hay que proclamar a todos esta “Buena Noticia”. El pueblo se ha de convertir, pero la conversión no va a consistir en prepararse para un juicio, como pensaba Juan, sino en “entrar” en el “reino de Dios” y acoger su perdón salvador.

Jesús lo ofrece a todos. No solo a los bautizados por Juan en el Jordán, también a los no bautizados. No desaparece en Jesús la idea del juicio, pero cambia totalmente su perspectiva. Dios llega para todos como salvador, no como juez. Pero Dios no fuerza a nadie; solo invita. Su invitación puede ser acogida o rechazada. Cada uno decide su destino. Unos escuchan la invitación, acogen el reino de Dios, entran en su dinámica y se dejan transformar; otros no escuchan la buena noticia, rechazan el reino, no entran en la dinámica de Dios y se cierran a la salvación.

Jesús abandona el desierto que ha sido escenario de la preparación y se desplaza a la tierra habitada por Israel a proclamar y “escenificar” la salvación que se ofrece ya a todos con la llegada de Dios. Las gentes no tendrán ya que acudir al desierto como en tiempos de Juan. Será él mismo, acompañado de sus discípulos y colaboradores más cercanos, el que recorrerá la tierra prometida. Su vida itinerante por los poblados de Galilea y de su entorno será el mejor símbolo de la llegada de Dios, que viene como Padre a establecer una vida más digna para todos sus hijos.

Jesús abandona también el talante y la estrategia profética de Juan. La vida austera del desierto es sustituida por un estilo de vida festivo. Deja a un lado la forma de vestir del Bautista. Tampoco tiene sentido seguir ayunando. Ha llegado el momento de celebrar comidas abiertas a todos, para acoger y celebrar la vida nueva que Dios quiere instaurar en su pueblo. Jesús convierte el banquete compartido por todos en el símbolo más expresivo de un pueblo que acoge la plenitud de vida querida por Dios. A Juan lo llamaron “bautizador”, pues su actividad giraba en torno al bautismo en el Jordán. A Jesús lo llamaron “comilón” y “amigo de pecadores”, pues acostumbraba a celebrar la acogida de Dios comiendo con indeseables.

Ya ni el mismo bautismo tiene sentido como rito de un nuevo ingreso en la tierra prometida. Jesús lo sustituye por otros signos de perdón y curación que expresan y hacen realidad la liberación querida por Dios para su pueblo. Para recibir el perdón no hay que subir al templo de Jerusalén a ofrecer sacrificios de expiación; tampoco es necesario sumergirse en las aguas del Jordán. Jesús lo ofrece gratis a quienes acogen el reino de Dios. Para proclamar su misericordia de una manera más sensible y concreta se dedicará a algo que Juan nunca hizo: curar enfermos que nadie curaba; aliviar el dolor de gentes abandonadas, tocar a leprosos que nadie tocaba, bendecir y abrazar a niños y pequeños. Todos han de sentir la cercanía salvadora de Dios, incluso los más olvidados y despreciados: los recaudadores, las prostitutas, los endemoniados, los samaritanos.

Jesús abandona también el lenguaje duro del desierto. El pueblo debe escuchar ahora una Buena Noticia. Su palabra se hace poesía. Invita a la gente a mirar la vida de manera nueva. Comienza a contar parábolas que el Bautista jamás hubiera imaginado. El pueblo queda seducido. Todo empieza a hablarles de la cercanía de Dios: la semilla que siembran y el pan que cuecen, los pájaros del cielo y las mieses del campo, las bodas en familia y las comidas en torno a Jesús.

Con Jesús todo empieza a ser diferente. El temor al juicio deja paso al gozo de acoger a Dios, amigo de la vida. Ya nadie habla de su “ira” inminente. Jesús invita a la confianza total en un Dios Padre. No solo

cambia la experiencia religiosa del pueblo. También se transforma la figura misma de Jesús. Nadie lo ve ahora como un discípulo o colaborador del Bautista, sino como el profeta que proclama con pasión la llegada del reino de Dios. ¿Es él aquel personaje al que Juan llamaba “el más fuerte”?

BIBLIOGRAFÍA

1. Para un tratamiento general de la relación entre Juan el Bautista y Jesús

MEIER, JOOO Paul, *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico*. 11/1. *Juan y Jesús. El reino de Dios*. Estella, Verbo Divino, 2001, pp. 47-290.

THEISSEN, Gerd / MERZ, Annette, *El Jesús histórico*. Salamanca, Sígueme, 1999, pp. 226-244.

TATUM, W. Bames, *John the Baptist and Jesus. A report of the Jesus Seminar*. Sonoma, CA, Polebridge Press, 1994.

BARBAGLIO, Giuseppe, *Gesu, ebreo di Galilea. Indagine storica*. Bologna, Ed. Dehoniane, 2003, pp. 183-213.

FABRIS, Rinaldo, *Jesús de Nazaret. Historia e interpretación*. Salamanca, Sígueme, 1985, pp. 89-101.

GNILKA, Joachim, *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia*. Barcelona, Herder, 1993, pp. 100-108.

BEAUDE, Pierre-Marie, *Jesús de Nazaret*. Estella, Verbo Divino, 1988, pp. 98-104.

2. Para el estudio de Juan Bautista y Jesús en la investigación actual

WEBB, Robert L., “John the Baptist and his Relationship to Jesus”, en Bruce CHILTON / Craig A. EVANS (eds.), *Studying the Historical Jesus. Evaluations of the State Current Research*. Leiden, Brill, 1998, pp. 179-229.

3. Para el estudio del Bautista y Jesús en el contexto de los movimientos bautistas y Qumrán

PERROT, Charles, *Jesús y la historia*. Madrid, Cristiandad, 1982, pp. 80-110.

STEGEMANN, Hartmut, *Los esenios, Qumrán, Juan Bautista y Jesús*. Madrid, Trotta, 1996.

4. Para el estudio del proyecto del Bautista y el de Jesús

VIDAL, Senén, *Los tres proyectos de Jesús y el cristianismo naciente*. Salamanca, Sígueme, 2003, pp. 61-124.